

SOLO

Solo, solo: era la última puñalada dada a un esqueleto, muerto y enterrado en su ataúd óseo, hace tantos siglos, cuando el tiempo aún no existía.

No es la soledad de aquel primer habitante de la tierra, ni es la primera invitación, en celofán del espacio, que hizo circular el gran Caballero, que estaba allí, solo y anunciaba que había decidido crear la tierra, porque estaba solo. Y como era una corporación pura, un estatuto, una biblioteca, una computadora de luz; estaba tan sólo que no podía gozar ni de su propia sombra, porque no la tenía.

Sólo, sin sombra y sin nadie que lo alabara o lo atacara, no era bueno... no era bueno...

Y durante siete días se fue haciéndote compañía y se decía: esto es bueno... esto es bueno...

Y él pudo hacerlo porque era la inicial del múltiplo y no proyectaba su cuerpo sombras, y tenía ya escrito, porque era infalible, los capítulos de la Biblia: desde la creación, a la caída, hasta el Diluvio, luego Abraham y el primer poblamiento de la tierra.

Y cuando la soledad nos asalta y no tenemos ni un poco de óleo blanco, ni pinceles negros para conocer y saber donde nos iniciamos, si nuestro Gran Caballero, creó nuestro mundo porque se sentía solo...

Qué podríamos hacer nosotros, cuando la soledad baja; baja como un hilo de agua, por la garganta moribundo, reseca; Que podrías hacer mi amigo que nos leamos ya que tú pones tus oídos y yo mis occipitales versos qué podríamos hacer, amigo, cuando nos sentimos solos.

¿Qué podríamos?

Tomar un bisturí frente a un espejo, y lentamente aislar nuestra soledad, que debe residir entre la epidermis y el comienzo tibio de la pulpa tejida en telares de ancestros.

Sentirse solo es igual que pararse entre la pampa y nuestro desierto cerrar los ojos y echar por la borda como un barco que naufraga, toda la carga de su cubierta, todo lo que lleva, y todo lo que sueña llevar en la maleta de las jarcias, cuando arriba a puerto.

Solo es estarse allí: no sentir ni la noche, ni los moluscos de la luz que trepan para abrirse en el fino cuchillo de la costa y no sentir nada, sentirse solo es dar vuelta los filamentos de una naranja y fabricar una lámpara, buscar una esquina, ubicarla para mostrar el camino a la soledad a que venga a rescatarnos solo estarse quieto y cerrar el libro de azogue de la sangre y adivinar sus líneas.

Solo es arrendar la muerte, por un tiempo, ubicarle una estampilla y despecharla por correos a nuestro nombre, y luego

En las mañanas y en las tardes, sentarnos a la puerta, esperando

que llegue, con la ansiedad de un suspenso, y cuando esto sucede y recibimos la encomienda, con las manos de nuestra soledad la devolvemos, porque de nada nos sirve al mismo remitente.

Solo es un juego de bisagras que no se abren, ejes que no rotan, y uno en el medio solo, solo haciendo señas al silencio que no ponga ya más huevos en nuestras heridas, y nos construya una calle, una plaza para representarnos sentados, con un delantal blanco, a vender, a liquidar a cualquier precio, el maniquí de nuestra soledad que accionamos por dentro. Solo es estar solo. No hay divisiones, no es como una casa grande o pequeña, que siempre tienen piezas y un patio soleado donde corren los

Niños y picotean las gallinas.

Solo es estares aquí terriblemente exacto ubicado en pulgadas, y seguir igual, inmutable a las mareas, impermeable al diluvio, con una corbata en la tersura blanca de una camisa.

Estoy solo y me miro, ya es tarde, se acostaron las sábanas, el relámpago se arrodilla en la calva de la lámpara... Y me tiendo solo... a soñar solo en los puertos que borraron de los mapas y al país que está solo sin señal de sus comarcas y que necesita un hombre solo, para nombrarlo su único habitante...

MANUEL DURAN DIAZ